

EL PERRO –no le demos nombre todavía– se introdujo en la casa de los Ancsa en la primavera de 1948. Janos Ancsa, profesor en la Escuela de Minas, Riego y Bosques, e ingeniero diplomado, había sido trasladado a Budapest. Después de aguardar en vano seis meses un apartamento en la capital, había terminado por alquilar dos habitaciones amuebladas en las afueras, en Csobanka, sobre la línea de Szentendre. Muy de mañana salía para su oficina y no regresaba hasta el anochecer para la cena, que su mujer, a falta de cocina, preparaba en una de las habitaciones en un calentador eléctrico. Fue también al atardecer cuando el perro hizo su aparición.

Por lo que de él podía distinguirse en el crepúsculo que inundaba el jardín, era un fox terrier, cruce sin duda de pelo duro y pelo corto. Cubría su cuerpo esbelto un pelo corto y liso, sin mancha ni lunar. Únicamente sus orejas eran de color avellana, con un trazo negro en el nacimiento. Por una de esas coqueterías en que la naturaleza es pródiga, el dibujo y el matiz, en el arranque de cada una de ellas, no eran simétricos. Desde la base de la oreja izquierda, una raya de color avellana descendía atravesando la curva de la ceja hasta justo encima del ojo. En cambio, sobre el ojo derecho el antifaz era de una blancura inmaculada, aunque una línea negra, puesta allí como si se buscara un divertido contraste con aquella blancura, bajaba desde la base de la oreja derecha hacia la nuca, hasta superar la línea en que, por lo común, los perros llevan el collar. Allí se ensanchaba para formar una especie de cuadrado negro, hasta donde la naturaleza consiente en formar cuadrados y otras figuras geométricas regulares. Agreguemos dos grandes ojos relucientes en la base de una cabeza alargada en triángulo, en cuya punta brillaba una naricita negra como lustrada con cera,

y habremos dibujado a grandes rasgos la graciosa silueta que acababa de instalarse a los pies de Ancsa.

Éste la contempló atentamente unos instantes; la bestezuela, apoyada sobre sus cuartos traseros y con la cabeza levantada, sostuvo la mirada del ingeniero.

—¿Qué pasa? —dijo Ancsa, por fin.

Al oír aquella voz que le pareció sin duda un anuncio de simpatía, el perro se levantó y, pasando por detrás del hombre, le olfateó los pies. Con la cabeza baja, olfateó primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda, captando toda la esencia del ingeniero con su morrito negro palpitante.

Ancsa aguardó pacientemente que el animal trabara a gusto conocimiento con aquel aspecto del ser humano que es, para un perro, el más inteligible. Al fin pareció que el olor de Ancsa era tan grato y placentero al corazón del perro como lo habían sido las vibraciones de sus cuerdas vocales. El animalito volvió a apostarse ante él y, alzándose sobre sus patas posteriores, le posó las cortas patitas delanteras sobre el muslo.

En ese momento, el ingeniero pudo comprobar que se trataba de una perra y que le ornaba el mentón una perillita blanca y rala; este detalle delataba la innegable presencia de algunos pelo duro en su pedigrí. Las cejas blancas, que recordaban también las de un fox terrier pelo duro, formaban una especie de tejadillo zorzoso por encima del ojo; en cambio, las patas parecían ligeramente más largas y delgadas de lo conveniente, según lo que permitía juzgar la oscuridad cada vez más profunda del jardín. Indudablemente, no era un perro de raza; pero con todo, el ingeniero le acarició la cabeza.

Desde ese momento, la suerte estaba echada para los Ancsa. Anticipémonos un tanto a nuestro relato y digamos de una vez que la perra, pese a las protestas y la oposición del matrimonio, acabó después de un tiempo por aposentarse allí definitivamente. Esta oposición no tenía bases teóricas y sin duda por este motivo no alcanzó nunca un grado suficiente de eficacia. Marido y mujer amaban en efecto a los animales, y sobre todo a los perros.

Pero su único hijo había caído en Voronejo, el padre de la señora Ancsa había muerto en un bombardeo, y los Ancsa sabían por experiencia que el cariño no es sólo un placer para el corazón sino también una carga que en proporción a su importancia oprime el alma tanto como la regocija. El hombre tenía cincuenta años, su mujer pasaba los cuarenta y cinco y ni uno ni otro deseaban cargar con una nueva responsabilidad. Mas, independientemente de toda otra consideración, no podían ni pensar en tener un perro, dadas las condiciones de su alojamiento, y menos aún en recoger de la calle un cachorrillo totalmente extraño, poco adecuado para la edad de ellos, y para colmo una hembra que con sus preocupaciones familiares contribuiría a aumentar las de sus dueños.

Ancsa llamó a su mujer, que se disponía a lavar los platos. La perra comenzó desde ese momento una corte hábil, seducida sin duda por la voz y el olor simpático del ingeniero, sin hablar de la caricia que había recibido y que habría podido interpretar como un estímulo. Con la graciosa y embaucadora coquetería cuyo secreto poseen las mujeres, echó en la balanza todo el encanto de su cuerpecito robusto y de su humor vivaracho, como si en el cuarto de hora siguiente fuera a jugarse su porvenir. Lanzó un ladrido y se puso a danzar vertiginosas rondas sobre el césped que se extendía delante de la casa. Tan pronto su blanca masa se estiraba hasta rozar el suelo con el vientre, como se arqueaba a semejanza de un gato, dando vueltas con rapidez enloquecedora en torno a la pareja, como si quisiera encerrarla para siempre en un círculo mágico.

De pronto, en lo más vivo de su carrera, se volvía tan brusca-mente que parecía que iba a quebrarse en dos; después, llena de astucia, describía arabescos como para extraviar a un perseguidor imaginario y, reiniciando la carrera en sentido contrario, mientras ladraba triunfalmente, volvía a trazar círculos alrededor de la pareja, que sentía vértigos.

Lo más divertido eran sus saltos de carpa, recta en el aire. En lenguaje canino, cada uno de esos saltos era una frase ingeniosa que un público de perros habría celebrado con risas. Por cierto